

SOLEMNIDAD DE LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR C

LECTURAS:

PRIMERA

Hechos 1,1-11

El primer libro lo escribí, Teófilo, sobre todo lo que Jesús hizo y enseñó desde un principio hasta el día en que, después de haber dado instrucciones por medio del Espíritu Santo a los apóstoles que había elegido, fue llevado al cielo. A estos mismos, después de su pasión, se les presentó dándoles muchas pruebas de que vivía, apareciéndoseles durante cuarenta días y hablándoles acerca de lo referente al Reino de Dios. Mientras estaba comiendo con ellos, les mandó que no se ausentasen de Jerusalén, sino que aguardasen la Promesa del Padre, "que ustedes oyeron de mí: Que Juan bautizó con agua, pero ustedes serán bautizados en el Espíritu Santo dentro de pocos días". Los que estaban reunidos le preguntaron: "Señor, ¿es en este momento cuando vas a restablecer el Reino de Israel?" El les contestó: A ustedes no les toca conocer el tiempo y el momento que ha fijado el Padre con su autoridad, sino que recibirán la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre ustedes, y serán mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra". Y dicho esto, fue levantado en presencia de ellos, y una nube le ocultó a sus ojos. Estando ellos mirando fijamente al cielo mientras se iba, se les aparecieron dos hombres vestidos de blanco que les dijeron: "Galileos, ¿qué hacen ustedes ahí mirando al cielo? Este que les ha sido llevado, este mismo Jesús, vendrá así tal como le han visto subir al cielo.

SEGUNDA

Efesios 1,17-23

No ceso de dar gracias por ustedes recordándoles en mis oraciones, para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de la gloria, les conceda espíritu de sabiduría y de revelación para conocerle perfectamente; iluminando los ojos de su corazón para que conozcan cuál es la esperanza a que han sido ustedes llamados por él; cuál la riqueza de la gloria otorgada por él en herencia a los santos, y cuál la soberana grandeza de su poder para con nosotros, los creyentes, conforme a la eficacia de su fuerza poderosa, que desplegó en Cristo, resucitándole de entre los muertos y sentándole a su diestra en los cielos, por encima de todo Principado, Potestad, Virtud, Dominación y de todo cuanto tiene nombre no sólo en este mundo sino también en el venidero. Bajo sus pies sometió todas las cosas y le constituyó

Cabeza suprema de la Iglesia, que es su Cuerpo, la Plenitud del que lo llena todo en todo.

EVANGELIO

Lucas 24,46-53

Y les dijo: «Así está escrito que el Cristo padeciera y resucitara de entre los muertos al tercer día y se predicara en su nombre la conversión para perdón de los pecados a todas las naciones, empezando desde Jerusalén. Ustedes son testigos de estas cosas. "Miren, y voy a enviar sobre ustedes la Promesa de mi Padre. Por su parte permanezcan en la ciudad hasta que sean revestidos de poder desde lo alto". Los sacó hasta cerca de Betania y, alzando sus manos, los bendijo. Y sucedió que, mientras los bendecía, se separó de ellos y fue llevado al cielo. Ellos, después de postrarse ante él, se volvieron a Jerusalén con gran gozo, y estaban siempre en el Templo bendiciendo a Dios.

HOMILÍA

Que Jesús subió al cielo lo atestiguan los tres evangelistas sinópticos. Es posible que Juan no mencione este importante hecho pues, al escribir su evangelio, ya era completamente conocido de los cristianos, de modo que no lo creyó necesario, al igual que tampoco describe la institución de la Eucaristía, quizás por las mismas razones.

Lucas, además, comienza su segundo libro, los Hechos de los Apóstoles, que es como una continuación de su evangelio, narrando con lujo de detalles la Ascensión.

Pablo se hará eco de ello en la segunda lectura, tomada de su carta a los Efesios. Allí nos hace ver que así como Jesús fue resucitado y exaltado a la diestra del Padre, así también nosotros podremos disfrutar junto a El por toda la eternidad.

De ahí que Pablo desee que los discípulos podamos ser iluminados por el Padre "para que conozcan ustedes cuál es la esperanza a que han sido llamados por él; cuál la riqueza de la gloria otorgada por él en herencia a los santos, y cuál la soberana grandeza de su poder para con nosotros, los creyentes, conforme a la eficacia de su fuerza poderosa, que desplegó en Cristo, resucitándole de entre los muertos y sentándole a su diestra en los cielos (1,18-20).

La ascensión es la culminación de la resurrección, de modo que si Jesús resucitó tenía que volver a ocupar el lugar que le corresponde junto al Padre, ahora también con un cuerpo glorioso.

Pero el Cielo, que es donde habita Dios, es también nuestro hogar, por cuanto hemos sido transformados por la muerte y resurrección de Cristo en los hijos del Padre Celestial.

Esa fue la promesa de Cristo para todos los que crean en El: En la casa de mi Padre hay muchas mansiones; si no, se lo habría dicho; porque voy a prepararles a ustedes un lugar.

Y cuando haya ido y les haya preparado un lugar, volveré y los tomaré conmigo, para que donde esté yo estén también ustedes (Juan 14,2-3).

El nos da la seguridad de que, al otro lado de la muerte, vamos a reinar con El. Es más, cada uno de nosotros tiene ya reservada una mansión en la casa del Padre. Dependerá de nosotros, pues, que la ocupemos o no.

¿Qué tenemos que hacer?

Demostrar nuestro deseo de ir allá con la forma en que vivimos en esta tierra.

El que se ha convertido y ha aceptado a Cristo como su salvador, descubre una gran verdad que desconocen aquellos que sólo viven pensando en esta vida en la tierra. Esa verdad es que somos peregrinos, que estamos en búsqueda de la verdadera Patria, aquella de la que ya somos ciudadanos por los méritos de la muerte y resurrección de Jesús. Esta ciudadanía la recibimos con nuestro Bautismo, sacramento por el cual Dios nos aceptó como sus hijos adoptivos.

Esto nos lo recuerda Pablo al decir: "Pues no recibieron ustedes un espíritu de esclavos para recaer en el temor; antes bien, recibieron un espíritu de hijos adoptivos que nos hace exclamar: ¡Abbá, Padre!" (Romanos 8,15).

¿A qué podemos temer? ¿A la muerte?

Pues claro que no, pues la muerte es sólo la puerta para entrar en la eternidad. Los que no conocen a Dios piensan que esta vida no tiene la menor importancia, que es algo que tenemos en una forma casual, producto del azar, de manera que lo único que podemos hacer con ella es sacarle el máximo placer posible, ya que todo terminará con la muerte.

La misma razón nos está diciendo que en esa manera de pensar hay unos fallos tremendos. En primer lugar, que todo este Universo haya aparecido sólo por azar, sin que hubiese un Creador, no hay manera de entenderlo.

Y si hay un Creador, ¿qué clase de ser sería que nos permitió existir con un gran anhelo de felicidad y deseo de vivir, para luego condenarnos a desaparecer irremisiblemente?

El que pretende sacar el máximo placer posible a esta vida, casi siempre lo tiene que hacer a base de sacrificar a otros. Ahí tenemos, por ejemplo, esa multitud de delincuentes que se vuelve millonarios con el tráfico de drogas, u otros que acumulan riquezas explotando a otros seres humanos.

¿Será que estos son los únicos que saben vivir? ¿Quiere decir que para saber vivir esta vida tenemos que ser delincuentes, pues la mayoría de los seres humanos está viviendo muy estrechamente a causa de las injusticias que imperan en el mundo

Todo nos está diciendo que eso no puede ser. Pero lo más importante es que nosotros hemos recibido el regalo de Dios en su Hijo, que es su Palabra viva. El nos asegura: "Yo soy la resurrección. El que cree en mí, aunque muera, vivirá; y todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás" (Juan 11,25-26).

Después de la muerte Dios hará justicia y dará a cada uno según sus obras.

Padre Arnaldo Bazan